

IMPERIALISMO DE RELOJEROS./"Mercurio", New Orleans, E. U. de América, julio 1912/

EN aquel admirable discurso de Pericles por los atenienses muertos en la primera campaña de la guerra del Peloponeso que Tucídides nos ha transmitido después de haber hecho el elogio de Atenas, de la patria, añade el gran caudillo patriota que los allí muertos, murieron por entender que el padecer y morir por ella era preferible á salvarse abandonándola. (u. Tucídides II. 42.) Es decir, que no merecía la vida ser vivida no viviéndola en la patria. Y era este intenso sentimiento de la patria espiritual lo que hacía fuese para el ateniense un castigo tan duro el destierro de su ciudad amada. Cómo iba á poder vivir fuera de ella?



Contraponíamos á esto lo que se expresa en aquella sentencia latina *ubi bene ibi patria*; la patria está allí donde se viva bien. Pero cabe preguntar: puede vivirse bien fuera de la patria? Para un ateniense antiguo no, según parece. Y era porque gozaba de una patria espiritual y porque fuera de ella apenas se encontraba si no con bárbaros.

No es, en efecto, aquella patria fuera de la cual apenas si puede vivir el hijo de ella un territorio y un complejo de intereses materiales. La fortuna es muchas veces trasladable y puede uno llevarla consigo. La patria aquella por la que murieron los celebrados por Pericles era una religión, una lengua, una sociedad de tales hombres y no otros, era una cultura, era sobre todo una costumbre. Los juegos entraban en ella por mucho. Y entre las cosas que un ateniense desterrado echaría de menos, estaban, con los discursos de los sofistas y los entretenimientos del gimnasio, las tragedias de Sófocles y las comedias de Aristófanes.

La civilización iguala las patrias al igualar las costumbres y el cristianismo ha hecho que en el regazo de un templo cristiano de un país extranjero se encuentre uno tan en su hogar propio como en el de un templo de su ciudad nativa. Pero aun así, queda la irreductibilidad de la propia patria para los que la tienen espiritualmente.

Un irreductible madrileño que se fué á París con objeto de allí establecerse, volvió al no mucho tiempo confesando que no se hallaba, en la **Ville Lumière**. Sentía la morriña de la Puerta del Sol. Había más aya. "Iba allí á una reunión, á un teatro—me decía—oía un chiste, un *mot d'esprit*, reíanse los demás y yo no acertaba á comprender su gracia aun entendiendo el sentido literal, mientras que aquí, en Madrid, me río con los demás". Podrá esto parecer á alguien baladí, insignificante, hasta ridículo, pero le ruego que se fije bien en ello y vea



si no delata un estado tal de espíritu que impide que pueda uno gozar de la vida fuera de su patria tan bien como en esta se goza.

De pequeñas circunstancias, de insignificantes hábitos se compone la costumbre total de la vida, y la costumbre en su más hondo sentido, en el más espiritual, es la vida toda. La vida del espíritu es herencia, es educación. Y cuanto más se haya apropiado uno el legado espiritual de su patria—su religión, su arte, su lengua, su política, etc.—tanto menos puede vivir bien fuera de ella como no sea llevándose lo consigo. Porque también la lengua y el arte y la religión y el ideal de vida de una patria cualquiera son hasta cierto punto, aunque no como la fortuna, trasportables.

Defiende un pueblo por pobre que sea—y de ordinario con más ahínco y tenacidad los pueblos pobres—su riqueza espiritual, su personalidad, y al luchar por su independencia lucha más que por el dominio de su territorio—que no suele amenudo ser de él sino de sus prestamistas—por el dominio de su alma, por ser como es y no de otro modo. Soporta acaso la servidumbre económica; lo que no soporta es la servidumbre espiritual. Paga tributo pecuniario á otro pueblo que le domina, pero no se doblega á hablar la lengua que su dominador quiere imponerle. Quiere salvar el alma.

Francia, nación á la que le sobra dinero aunque no le sobren hombres, necesita nuevos campos en que colocar á interés su capital sobrante y se ha ido á Marruecos. Y los marroquíes, á quienes en rigor no les importaría gran cosa el que su territorio sirviera para hacer producir dividendos á los accionistas franceses, se revelan defendiendo el islamismo del nacionalismo—que no del cristianismo francés y su lengua arábiga de la lengua francesa. Quieren ser ellos y no otros, aunque estos otros viviesen acaso mejor, porque para hacerse á otros tendrían que dejar de ser ellos, los que son, es decir, tendrían que perecer.

Un gran fabricante de relojes se encuentra con un exceso de producción; con que le sobran relojes y no hay ya en el mercado de su patria quien se los compre. Y entonces de acuerdo con el gobierno, que depende siempre de los grandes fabricantes y empresarios, se va con un cañonero á una isla de salvajes y les dice de las grandes ventajas del uso del relé y cómo el conocer por él la hora es el principio de la civilización y hasta de la felicidad y que deben por lo tanto cambiar por aquellos relojes los frutos de su tierra. Si los salvajes, poniéndose como los niños el relé junto al oído, se divierten con el juguete, acceden al deseo del fabricante; pero



si le dicen que ni les importa la hora en que viven ni tienen chaleco con bolsillo para llevarlo, entonces se les obliga á cañonazos á que compren el relé y aprendan ó no á servirse de él, que esto ya no importa. Tal es, simbólicamente expresado, el fondo del imperialismo de base económica que busca en las colonias ó en la extensión del territorio, no extensión de espíritu sino del mereado, un mercado compulsivo y á cañonazos.

Hace unos años cuando William Head, el famoso editor de la *Review of Reviews*, que acaba de morir en el naufragio del *Titanic*, se dedicaba á sublimar á Cecil Rhodes, el Napoleón de Africa, y á presentárnoslo como un nuevo profeta, como el profeta de la expansión del *english speaking folk* leía en aquella revista una frase, no sé de quien, que se me quedó grabada para siempre. "El que quiera vivir con nosotros—esto es, con los pueblos anglo-sajones—tendrá que vivir como nosotros, y ésto es la mejor fórmula que de la civilización puede darse." Se ha cumplido tan arrogante programa? Se trata siquiera de cumplirlo?

No; lo que el imperialismo busca no es extender el espíritu, del que no anda ciertamente muy sobrado, sino extender el mercado; no va á vivificar á otros pueblos con los pensamientos de sus grandes pensadores sino á obligarles á que compren, aunque sea á cañonazos, sus relojes. Va á que en un pueblo donde un cielo siempre radiante y puro permite que en el frontón de la iglesia tengan un relé de sol, pongan en su sitio un gran relé de torre que el *trust* de los relojeros no tiene otro lugar en que hacer que se lo paguen.

Pero sucede, y este es un consuelo para los pueblos temporalmente oprimidos, que los relojeros pasan con sus relojes y quedan en la vida permanente de la humanidad los que dieron su espíritu á otros. Fuera de la historia, Grecia ha sobrevivido á Cartago. Ambos han legado algo al eterno y universal legado de la cultura, pero lo que debemos al *trust* cartaginés no es nada junto á lo que debemos al pueblo helénico. ¡Triste consuelo! exclamará alguien. Y yo replicaré que no es mayor el de la perspectiva de hundirse un día con sus millones en el silencioso fondo del oceano.

Un pueblo no conserva su espíritu si no lo expansiona, no guarda su personalidad si de un modo ó de otro no la impone á los otros y con ella les sella á la vez que los de los otros recibe, pero la expansión del espíritu no es ni la del territorio ni la del mercado. No se tiene más alma teniendo más cuerpo. Acaso menos.

Tal vez, y á esto quería por ahora venir á parar, la expansión imperialista mercantil ó industrial impide y estorba, en vez de favorecerla como ordinariamente se cree, la expansión espiritual; tal vez el relojero que va á vender relojes á cañonazos sólo consigue el que se cobre aversión y odio á los obreros que fabricaron los relojes, al pueblo en que la relojería trabaja, y que es la primer víctima del *trust* de los relojes.

No sé, por otra parte, como hay clases sociales, no digo pueblos, que toman para sí lo que Maquiavelo dice del príncipe y se debe ser amado ó temido y aquello de que "es necesario á un príncipe, si quiere mantenerse, aprender á poder ser no bueno y usarlo ó no según la necesidad". Pero qué es mantenerse? En la clase social que explota á su



propio país y sus conciudadanos más pobres mantenerse es mantener su prepotencia económica y gozar de ella, pero con un pueblo como entidad espiritual, para la obra de la cultura humana, mantenerse es mantener y acrecentar su espíritu colectivo. Y esto no se acrece con nuevas expansiones territoriales ni con imposiciones económicas y explotación de mercados compulsivos.

Muy cierto que el cambio de mercancías materiales, de productos manufactureros ó agrícolas puede traer un cambio de ideas pero esto en mucho menos proporción que se cree. No es Francia la nación que más comercia con los pueblos sud-americanos y es sin embargo, la que más influye en sus ideas. Después de España, naturalmente, pues dígame lo que se quiera la lengua es una perenne sugestión inconciente. Y en cuanto al cambio espiritual no hay pueblo digno que se resigne á tomar del alma del otro si éste á su vez no toma de la suya. Hasta el mendigo se ofende si se le da despectivamente una limosna, prefiriendo que se comprenda y se compadezca de veras su desgracia, simpatizando con ella, á no que se le socorra para quitárselo de encima y que no moleste. Y el pecado más grande de las clases brutalmente imperialistas les cierra tras del corazón la cabeza para la debida comprensión de los demás y el respeto que á toda personalidad espiritual—sea de individuo ó de pueblo—se debe.

La xenofobia, el odio ó el desprecio al extranjero, madre de la incomprensión y la insimpatía, es, desgraciadamente, de los pueblos todos pues que el cristianismo no nos ha pasado de la epidermis del alma y está muy lejos de habernos penetrado á las entrañas á pesar de toda la pendería bíblica, pero esa xenofobia es cien veces peor en los pueblos fuertes que en los débiles. Y son las clases explotadoras, son los trusts de toda clase de relojeros, con los imperialistas del materialismo económico, son los que más ó menos veladamente y con hipocresía casi siempre, atizan en el pueblo la xenofobia. El brazo, como el capital no tiene patria, pero el capital explota las patrias y los patriotismos. En los pueblos mismos pobres el territorio nacional, el cuerpo del alma de la patria, es una hipoteca de los tenedores de la deuda, que con frecuencia son extranjeros.

Se dirá que el fondo que implican estas amargas reflexiones supone un ensueño de idealismo, pero es que hay que ponernos de continuo el ensueño ante los ojos del alma. Consuelo por lo menos de la rudeza de la realidad. Y soñando así puede esperarse con más resignación el día en que sean religiosas las relaciones entre los pueblos, el día, aun lejano, de la cristianización del llamado derecho internacional. Y entonces y sólo entonces podrán los pueblos llamarse cristianos y cultos, y hasta tanto de nada servirá llevar muertos ejemplares de una Biblia muerta á pueblos á los que se les ha obligado con amenaza de cañonearlos ó se les ha llevado con engaños á cambiar relojes que para nada necesitan por sus riquezas propias. Vale más quitárselas sin pretexto ni cambio.

Rafael de la Higuera

Salamanca, junio de 1912.

